

de la superficialidad del examen y de la insignificancia de los consejos higiénicos: ese poco interés, esa fría indiferencia por el enfermo produce una impresión desagradable y entonces se halla uno muy dispuesto á ver en el médico al comerciante, al hombre que se gana la vida escribiendo recetas y haciendo visitas, no al hombre humanitario y bondadoso que se empeña cordialmente en devolver la salud á sus enfermos.

La medicina—propiamente hablando—no es una ciencia, sino un arte. El médico estudia ciencias, puede ser un fisiólogo de primera talla, pero sólo como fisiólogo ó biólogo. Se puede ser un higienista de primer orden; pero como médico sólo se puede ser artista, como se es músico ó se es pintor. Ese talento especialísimo del médico no se adquiere en la universidad, no hay libros que lo den. A lo sumo, la observación atenta de la naturaleza puede desenvolverlo; en todo caso, sin esa observación no se podrá ser nunca un médico.

Pero el peligro más grave para la humanidad, en el momento actual, es que existe una medicina oficial.

A medida que las ceremonias religiosas se fueron alejando del campo de la medicina, el uso de las drogas fué ampliándose cada vez más, hasta en estos últimos años en que ha sido un verdadero abuso. Los médicos salidos de la gran mayoría de las universidades parecen no conocer otros procedimientos curativos que el de las drogas. En algunos casos difíciles aconsejan el cambio climatérico, pero suele haber en ello un poco de temor de que el enfermo muera en su jurisdicción ó en sus manos. Y los gobiernos han prestado una protección resuelta á las facultades de médicos que obran de un modo muy semejante á los médicos y las brujas de la Edad Media. Lo peor, sin embargo, no es que se preste esa protección resuelta, sino